

Descripción de la vida del capataz James Cook en el sendero de Texas

James H. Cook era capataz de ganado de Texas en los 1870 y luego estableció un rancho en Agate Springs, Nebraska. El 23 de mayo de 1907, juez Eli S. Ricker entrevistó a Cook y lo que sigue es una traducción de la transcripción muy editada de esa entrevista. Se puede encontrar la entrevista completa en:

"Voices of the American West: The Settler and Soldier Interviews of Eli S. Ricker, 1903-1919" [Voces del oeste estadounidense: las entrevistas de colonizadores y soldados de Eli S. Ricker, 1903-1919] ed. Richard E. Jensen (Lincoln: University of Nebraska Press, 2005)

Un arreo siempre ocupó la temporada, pero nunca se hizo más de un arreo en el mismo año. . . . Los ganaderos tenían sus capataces para el arreo, y debajo de ellos estaban todos los demás empleados. . . . [Un] arreo de mil millas a 1.800 millas, duró una temporada completa de seis meses. El arreo comenzó generalmente alrededor del primero de marzo desde el sur de Texas ...

Se necesitaban unos 12 hombres para manejar una manada. Estaban el caporal o capataz o jefe, el cocinero, el pastor de caballos o vacquero, los arrieros de punta, los arrieros de swing y los arrieros del trasero. Cuando estaban en el servicio nocturno se dividieron en tres guardias. Cuando todo estaba tranquilo, el ganado estaba tranquilo y contento, y no había peligro desde el exterior, tres hombres apostados alrededor del círculo de la manada eran suficientes para controlar la manada durante la noche, pero si el ganado estaba inquieto, yacían sobre sus pechos y olfateando el aire. . . entonces podría ser que se requiriera que toda la fuerza estuviera en sus caballos. . . Se utilizaron de seis a diez caballos por hombre; éstos fueron proporcionados por el propietario, porque experiencia había demostrado que cuando el jinete era dueño de sus caballos tenía un interés tan personal que no cabalgaba lo suficiente, cuando a veces era necesario, para evitar que el ganado se escapara. Siempre había un carro en el equipo, tirado por una yunta de cuatro bueyes; ocasionalmente se utilizaron seis bueyes.

La forma correcta de arrear este ganado era hacerlo correr en una columna larga y estrecha que se estrechaba hacia el extremo delantero hasta una media docena de ancho. A cada lado ya cierta distancia detrás de los líderes, o "puntos", como se les llamaba, había un solo arriero, y estos dos arrieros principales fueron llamados respectivamente arrieros de "punto" derecho e izquierdo. Detrás de éstos, a ambos lados y casi a la mitad de la columna, estaban los arrieros de "swing" de la mano derecha e izquierda; detrás de éstos, a la distancia adecuada, había dos arrieros de "swing" más, y en la parte trasera de la columna había dos arrieros "del trasero" cuyo deber era traer a los rezagados. Los arrieros mantuvieron el ganado en columna cabalgando desde sus puestos hacia atrás hasta que llegaron al arriero siguiente. Dos arrieros opuestos cabalgando hacia atrás y presionando hacia el centro superaron la tendencia de la población a extenderse y mantuvieron la procesión en un ancho estrecho. Cuando estos jinetes habían alcanzado la longitud de sus ritmos, se balanceaban audazmente y retrocedían en una línea más distante desde la columna hacia el frente, luego giraban hacia adentro, cabalgaban de nuevo hacia atrás una corta distancia y recuperaban sus posiciones adecuadas. De esta manera, dos mil cabezas de ganado se podían mantener en fila compacta que se extendía por dos o tres o más millas de longitud. . . . A cierta distancia cabalgaba el caporal o capataz que era el guía general escogiendo el rastro y alerta. . . para descubrir lugares de pastoreo, encontrar pozos de agua, cruzar ríos en lugares adecuados, y este personaje fue seguido cuidadosamente por los arrieros de punto que tenían la dirección de la manada.

Cuando los que estaban al frente decidieron dar al ganado un rato de pastoreo, suponiendo que la hierba estuviera en un lado del sendero, el arriero de punta al lado de la parcela de pasto se balanceó hacia afuera, dando lugar al ganado, mientras su el compañero en el lado opuesto de la línea presionó sobre ellos subiendo y bajando, cambiando así su dirección al punto deseado; y los arrieros de swing siguieron el mismo método, toda la fila se fue girando gradualmente hacia el lugar donde debían refrescarse. Cuando llegaron los últimos, todos se dispusieron a alimentarse.

Saliendo desde uno de estos lugares o desde el suelo de la cama a la luz del día por la mañana, la forma de poner en movimiento la manada. . . consistía en relajar el cordón de arrieros del lado de donde debía moverse el ganado y dejarlos pastar lentamente en dirección al camino del día. . . Dos o tres horas de la mañana dedicadas de esta manera les llenaron la barriga y los prepararon para aguantar el viaje, así como para mantener su carne acumulada y para echar sobre una partícula más. A una hora temprana, por lo general a las siete en punto, si las condiciones eran normales, la manada estaba en pleno auge a lo largo del sendero. . . .

Los fondos fueron proporcionados por Humanities Nebraska y el National Endowment for the Humanities como parte de la Ley de Ayuda, Alivio y Seguridad Económica del Coronavirus (CARES).

Supongamos que llegamos a uno de los grandes ríos que azotan el camino de la temporada. . . . Con la debida prudencia, el caporal ha elegido el cruce; pero ¿por qué marcó un punto justo en un recodo del arroyo, un poco más arriba, donde los animales sospechosos deben ser atraídos hasta el borde y dentro del agua? Cuando le pregunté a uno de los [arrieros] experimentados, respondió así: "¿No sabes que los nadadores no pueden hacer un curso recto a través de una corriente amplia y rápida, y que invariablemente salen por el lado opuesto más abajo del arroyo que donde entraron?" Así fue con este ganado. A menudo, a pesar de todos los esfuerzos de los arrieros concentrados en el lado inferior tratando de mantenerlos en la cabeza y luchando corriente arriba, aterrizaron media o tres cuartos de milla por debajo del punto de partida. . . . A medida que el agua arrastraba a las bestias, les habría resultado fácil volverse hacia la orilla desde donde partieron y aterrizar por ese lado ... Cuando se hizo el cruce [en la cima del recodo del río] la cabeza de la línea fue guiada para traerla entera de regreso al camino. . . .

A las once en punto, la inclinación del ganado a pastar sería evidente, y se les permitió reducir el paso y columpiarse en la hierba bordeando la ruta de viaje y llenarse. El cocinero de la carreta continuó por el sendero hasta un punto una o dos millas mas allá, donde se detuvo y preparó la cena. Quizás una parte de los hombres lo siguió, y mientras se cocinaba, ellos descansaban un poco y sus caballos estaban en la hierba. Tan pronto como cenaron, se dirigieron a la manada que en ese momento se encontraba en las proximidades del carro; los otros hombres fueron puestos en libertad y subieron para su comida, y cuando eso terminó, habían ayudado al cocinero a subir los artículos pesados al carreta y a enganchar su yunta. . . . Generalmente se dedicaban unas dos horas al pastoreo del mediodía. Hacia las seis de la tarde, el ganado se volvía a dar vuelta a la hierba para que se llenara antes de enrollar el racimo en el suelo del lecho. Bastaban dos o tres horas para ello; y luego el proceso de acostar al ganado. . . siguió. Esta hazaña consistió en que los arrieros, que se encontraban en todos los lados de la manada, dando vueltas y vueltas en círculo, contrayendo gradualmente el circuito hasta que el ganado estaba en un cuerpo compacto con espacio suficiente para acostarse ... Los tres relevos o vigiliats se han mencionado, pero es para explicar que estas entraban en servicio sucesivamente a intervalos regulares, y la división de la noche en tres períodos daba la oportunidad a todos de obtener el sueño necesario. Los caballos de los jinetes estaban cojeando y soltados a poca distancia de la manada de ganado, la carreta casi siempre se interponía en medio. Un hombre vigilaba los caballos, pero en el transcurso de la noche se produjeron dos cambios de guardia.

El último de estos guardias, cuando vio la luz que venía por el este, tiró la silla de montar a su pony, tiró de la cincha y en un abrir y cerrar de ojos deslizó el bocado entre los dientes de su pony y la brida sobre sus orejas; y cuando hubo traído a los otros caballos y los amarró a la carreta, saltó a la silla y se dirigió a la manada para ayudar al último relevo a sacar el ganado para pastar en la dirección principal del destino final del arreo de la temporada. . . .

Los caballos necesarios en estas pintorescas empresas formaban una manada de setenta y cinco o cien; cinco o seis, ya veces más, siendo la cuota de cada jinete. Un caballo por cada hombre siempre estaba debajo de la silla de montar para uso instantáneo y estos se mantenían con estacas cuando no estaban de servicio ...

El último de estos guardias entre los vacqueros, cuando vio venir la luz por el este, fue el arcángel del nuevo día y anunció su llegada con gran libertad de voz, generalmente con esta proclamación: "¡Los toros están en el redil! ¡Levántate y resplandece! ¡Dale a Dios la gloria!" En otras ocasiones, cuando el entusiasmo del vacquero se había disparado a un tono celestial o anti-celestial, la forma de las palabras y el enunciado eran tales que hubieran derretido el tipo en el que están impresas estas frases. . . . Entonces se levantó a todos los vaqueros incondicionales. Había que traer los caballos y quitarles las ataduras. Esto fue una tarea y tomó un poco de tiempo: diez o quince minutos. Las cuerdas salieron de las ruedas de la carreta y un hombre en cada extremo las tensó y ensanchó para recibir a los caballos cuando el vaquero los condujo hacia este corral improvisado.

Otros se pusieron de pie y cerraron la boca para que nadie pudiera salir corriendo. El resto de los hombres se quitaron las trabas. Estas ataduras estaban hechas de tiras de cuero crudo y tenían un metro y medio de largo. Estaban tan moldeados que las partes planas que envolvían los espolones y las que entraban entre los pies estaban torcidas.

La cocinera estaba ocupada mientras tanto, y pronto una parte de los hombres había desayunado y se había ido a relevar a los que atendían a la manada. A las siete, el ganado estaba tendido en una gran línea y avanzaba majestuosamente hacia el norte a paso regular.

La rutina ordinaria proporciona temas de descripción más fácil que los eventos irregulares que provocan ansiedad, trabajo y angustia sin fin. Cosas menores confundieron al ganado y luego siguió una escena tumultuosa. Un caballo que lleva su silla de montar se acosta a rodar; cuando se levanta, los estribos caen, y los golpes en los costados le dan miedo; él salta a la longitud de su correa, la rompe y se lanza a la manada. Saltan los novillos alarmados; cada uno que se pone de pie hace que una docena de otros saltan a los suyos; y ahora, como por impulso eléctrico, rápido como un rayo, toda la manada, sacudida por el terror, se precipita en una dirección. . . . La alarma ha hecho que todos se pongan de pie. Parando por nada, sin preocuparse por nada más que el único objeto supremo de adelantar, seguir y en el primer momento practicable girar y controlar la estampida, los más rápidos en pensar y actuar, agarrar sus caballos ensillados, y si no hay bridas en ellos, tomar un engancho corto en la mandíbula inferior o la nariz, con la cuerda que los sujeta, se van instantáneamente, seguidos por los que empezaron más lentamente tan rápido como están listos, cada uno yendo a una velocidad vertiginosa en la oscuridad, siguiendo el sonido de la masa presa del pánico. El vuelo es tan rápido que algunos de los jinetes pierden la manada por completo. Otros los alcanzan; y luego comienzan esa canción lenta, reconfortante y tranquilizadora sin palabras con sus notas largas y sostenidas peculiares en la calidad del sonido, conocida por todos los vaqueros en el camino de Texas. . . .

Los resultados de la persecución son varios. A veces, el ganado se controla en poco tiempo. Los arrieros de avanzada encabezan a los novillos más adelantados, girándolos en su curso para describir un círculo, y en ese momento toda la manada está dando vueltas y vueltas; y esto continúa hasta que el hacinamiento de los arrieros en el exterior los ha compactado tanto que terminan en un cuerpo cerrado y se detienen. La luz del día puede encontrarlos a varias millas de donde comenzaron. Pero una sola estampida puede no ser la magnitud de los desastres de la noche. Después de haber sido controlado una vez, un segundo, un tercero, un cuarto brote y carrera pueden tener lugar antes de la mañana. . . .

Otro personaje de suma importancia en estos arreos de ganado fue el cocinero. Él era la piedra angular del arco. El más trabajado de todos los hombres. Su horario de servicio era generalmente desde las tres de la mañana hasta las once o doce de la noche. Bonito, paciente, experimentado, sufrido, adicto a las bebidas alcohólicas. . . Este hombre de la posición servil es un factor de tal trascendencia para el negocio que el caporal ha dedicado más tiempo a su selección que a la de cualquier otro relacionado con el arreo. Es la figura central del grupo durante seis meses y muchos cientos de millas. . . .

Los detalles más triviales llamaron la atención. No se pasaba agua dulce por la carretera sin que se rellenaran los barriles; podría haber cuarenta millas hasta la próxima agua; podría estar más lejos. A través de esos extensos desiertos, los senderos serpenteaban sin ver árboles o madera durante cientos de millas.

Pero el cocinero fiel. . . llevaba una gran piel debajo de su carreta, estirada entre los dos ejes, sobre la cual cargaba un depósito de plastas de vaca para su fuego cuando no se podía recoger combustible en las cercanías del campamento. . . . Es bueno observar que el cocinero era el sirviente mejor pagado relacionado con el arreo, menos el capataz. Había otra distinción adjunta a su posición, más seria y menos atractiva; éste era su mayor peligro de los indígenas. . . debido a su frecuente aislamiento del resto del grupo, podía ser fácilmente aislado y siempre era un atractivo objeto de ataque.

Una de las transacciones más interesantes de su experiencia ordinaria fue el paso de su departamento culinario a través de los ríos que atravesaban el sendero. Se utilizaron todos los modos de paso concebibles para hacer frente a las circunstancias siempre cambiantes. Si los árboles hubieran crecido en las orillas de los arroyos, habría sido fácil hacer balsas con ellos. Las balsas que podían hacerse con partes del vagón a veces se juntaban y se tomaban pequeños pesos en cada uno de varios viajes. Partes del equipaje, como un saco de comida, se transportaban a lomos de un caballo que nadaba alto en el agua. El vagón avanzó poco a poco. Se ataban cuerdas a una rueda o un eje que los caballos de los jinetes arrastraban de una orilla a otra. Los utensilios se transportaron uno a la vez. Se requirieron numerosos viajes para completar la transferencia. Cuando fue posible conseguir el atuendo de cocinero por adelantado, se hizo; Era ventajoso tener el campamento al otro lado y dispuesto para que el café caliente y las humeantes viandas pudieran saludar a los trabajadores empapados y helados cuando hubieran traído todo. Los bueyes de tiro nadaron con la manada. . . .

Habiendo hablado de las "viandas ahumadas" conviene explicar que la comida que disfrutaban estos hombres consistía en café negro sin azúcar, pan de maíz cocido en horno holandés y cerdo frito. Este menú se variaba ocasionalmente con carne fresca cuando se mataba un antílope o un búfalo, o más raramente, una vaca gorda que había sido recogida en el camino y contrabandeada en la manada, era derribada para adornar la ración normal de estos hombres con apetitos anormales. En su alegría desenfrenada, cuando se formaron en un pequeño círculo alrededor de la tetera de café, sentados en el suelo o apoyados de rodillas, y cargaron sus platos de hojalata con pastel de Johnny y grasa y largas lonchas de carne de cerdo añeja. . .